

ENTRE LA FRAGILIDAD DEL PAJARILLO Y LA POBREZA DEL DISCÍPULO  
LECTURA ESPIRITUAL DE SANTA TERESITA Y EL APÓSTOL PEDRO

**Introducción: el corazón de águila en un cuerpo de pajarillo**

Iniciamos esta reflexión contemplando una paradoja fundamental de la vida espiritual que une a la joven carmelita, santa Teresita con el impetuoso pescador de Galilea. Teresita se describe a sí misma no como una gran águila, sino como un «débil pajarito cubierto únicamente por un ligero plumón»<sup>1</sup>. Sin embargo, posee algo extraordinario: «ojos y corazón de águila». Esta es la tensión en la que vive el discípulo: tener aspiraciones inmensas y un deseo infinito de mirar al «Sol divino», mientras se experimenta una «extrema pequeñez». Pedro, al igual que el pajarillo de Teresita, representa esa alma que desea volar alto, pero que debe aprender a lidiar con su propia fragilidad.

**El punto de partida: la vocación y la emoción inicial**

Toda vocación comienza con un deslumbramiento. En el evangelio de Lucas, vemos a Simón Pedro ante la pesca milagrosa. Su primera reacción ante el poder de Jesús es el asombro y el reconocimiento de su propia miseria: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (Lc 5,8). La afirmación de su propia miseria se sitúa en el corazón del relato de la pesca milagrosa y expresa una reacción teológica y existencial ante la irrupción de lo sagrado. Desde una perspectiva exegética, la confesión surge después del signo extraordinario que revela la autoridad y el poder de Jesús sobre la creación, provocando en Pedro una experiencia de *temor reverencial* (*phóbos*), típica de los relatos vocacionales bíblicos (cf. Is 6,5). El reconocimiento de Jesús como «Señor» (*Kýrios*) no es meramente honorífico, sino que implica la intuición de su identidad y de su cercanía a la esfera divina. Ante esta santidad manifestada, Pedro toma conciencia de su propia indignidad, formulada en clave de confesión personal: «soy un hombre pecador». Esta distancia no expresa rechazo, sino humildad y verdad ante Dios, según el esquema bíblico donde la cercanía divina desvela el pecado humano. Paradójicamente, la petición de alejamiento prepara el camino para la misión, pues Jesús no se aparta, sino que responde con una palabra de consuelo y envío: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5,10). Así, el texto revela que la

---

<sup>1</sup> «Hermana querida, comprende a tu hijita, por favor. Comprende que para amar a Jesús, para ser su *víctima de amor*, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, más cerca se está de las operaciones de este Amor consumidor y transformante... Con el solo *deseo* de ser víctima ya basta; pero es necesario aceptar ser siempre pobres y sin fuerzas, y eso es precisamente lo difícil, pues «al verdadero pobre de espíritu ¿quién lo encontrará? Hay que buscarle muy lejos», dijo el salmista... No dijo que hay que buscarlo entre las almas grandes, sino “muy lejos”, es decir, en la *bajeza*, en la *nada*... Mantengámonos, pues, *muy lejos* de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, deseemos no sentir nada. Entonces seremos pobres de espíritu y Jesús irá a [v°], buscarnos, *por lejos* que nos encontremos, y nos transformará en llamas de amor... ¡Ay, cómo quisiera hacerte comprender lo que yo siento...! La confianza, y nada más que la confianza, puede conducirnos al amor... El temor ¿no conduce a la justicia... (1)?» (Cta. 97, 17 de septiembre de 1896, «A sor María del Sagrado Corazón»). Véase Cta. 55 (5-9 de julio 1888) «A sor Inés de Jesús»; PN 24; Ms A 12v; Ms A 25v; Ms A 43v; Ms B 1v; Cta. 49 (12-20 de mayo 1888) «A sor María del Sagrado Corazón»; Cta. 57 (23 julio de 1888) «A Celina»; Cta. 145 (2 de agosto de 1893) «A Celina»; Cta. 196 (13? de septiembre 1896) «A sor María del Sagrado Corazón».

experiencia del pecado no excluye del llamado, sino que se convierte en el punto de partida para una vocación fundada en la gracia y no en el mérito.

Este momento coincide con lo que Teresita describe como el pajarillo que «se atreve a mirar fijamente al Sol divino». Es la emoción espiritual del inicio, donde el alma, fascinada por la luz, desea dejarlo todo para seguir a su «único amigo». En esta etapa, el pajarillo «quisiera imitar a sus hermanas las águilas» y elevarse hacia la Santísima Trinidad. Hay un fervor inicial donde Pedro deja las barcas y Teresita se abandona al amor, creyendo que el vuelo será sencillo por la fuerza del deseo.

### **El olvido de lo que somos: la ilusión de la fortaleza**

A medida que avanzamos surge un peligro de olvidar nuestra fragilidad o nuestra ilusión. Pedro, tras confesar que Jesús es el Cristo (Mc 8,27-33), se siente con la autoridad de reprender al Maestro cuando este anuncia su pasión. Jesús debe recordarle su lugar con dureza: «¡Quítate de mi vista, Satanás! porque tus pensamientos no son los de Dios» (Mc 8,33). El reproche no se dirige a Pedro como persona, sino a la lógica que él encarna en ese instante. El término «Satanás» (Σατανᾶς) no alude aquí al demonio en sentido estricto, sino al «adversario», a quien se interpone en el camino del designio divino. Pedro, al reprender a Jesús por anunciar su sufrimiento<sup>2</sup>, asume una comprensión mesiánica triunfalista, incompatible con el proyecto salvífico del Padre. La expresión «quítate de mi vista» (ὑπάγε ὀπίσω μου) es significativa: Jesús invita a Pedro a volver a su lugar de discípulo, «detrás» del Maestro, no delante de él pretendiendo corregirlo. El contraste entre «los pensamientos de Dios» y «los de los hombres» revela una oposición teológica fundamental entre la lógica de la cruz y la lógica del poder y del éxito humano. Así, el texto subraya que el verdadero seguimiento implica una conversión del modo de pensar, aceptando que la revelación de Dios se manifiesta paradójicamente en el camino del sufrimiento, la entrega y la fidelidad obediente al plan divino.

Pedro olvidó que era un pajarillo y se creyó águila capaz de trazar el camino del Sol. Teresita advierte que el pajarillo, aunque tiene ojos de águila, «no está en su modesto poder» el volar. A veces, el discípulo olvida que es «débil y pequeño» y trata de actuar por sus propias fuerzas. Este olvido nos lleva a la autosuficiencia, donde creemos que nuestra fe es inquebrantable, justo antes de que lleguen las «oscuras nubes».

### **Los caprichos del camino y las «bagatelas» de la tierra**

El camino espiritual no es una línea recta de ascenso. Teresita, con una honestidad asombrosa, describe cómo la «imperfecta criaturita» se distrae: se entretiene con «bagatelas»:

---

<sup>2</sup> «Porque ¿existe *alegría* mayor que la de sufrir por tu amor...? Cuanto más íntimo es el sufrimiento, tanto menos aparece a los ojos de las criaturas y más te alegra a ti, Dios mío. Pero si, por un imposible, ni tú mismo llegases a conocer mi sufrimiento, yo aún me sentiría feliz de padecerlo si con él pudiese impedir o reparar un solo pecado contra la fe...» (Ms C 7r). Véase Ms A 81r; Cta. 43B (18? de marzo 1888) «A sor Inés de Jesús»; Cta. 83 (5 marzo 1889) «A Celina»; Cta. 114 (3 de septiembre 1890) «A sor Inés de Jesús»; Cta. 129 (23 de julio de 1891) «A Celina»; Cta. 149 (20? de octubre 1893) «A Celina».

coge un granito, corre tras un gusanito o se distrae con una flor. Presenta, además, la debilidad del sueño: A veces, cuando el sol se oculta, «sus ojitos se cierran... y el pobrecito se duerme».

Vemos esto reflejado en las negaciones de Pedro. En el patio del sumo sacerdote, Pedro se distrae de su fidelidad por el miedo y la presión del entorno, negando tres veces conocer a Jesús. Sus «travesuras» son graves y están acompañadas por imprecaciones y juramentos de desconocimiento. Como el pajarillo de Teresita, Pedro «moja sus plumas» en el charco de la infidelidad. Incluso después de la resurrección, vemos a Pedro distraerse con la curiosidad sobre el destino de Juan: «Señor, y éste, ¿qué?» (Jn 21,21), a lo que Jesús responde volviéndolo a lo esencial: «Tú, sígueme» (Jn 21,22).

La respuesta de Jesús desplaza el foco de la curiosidad ajena a la obediencia personal: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú, sígueme» (Jn 21,22). Exegéticamente, la frase no pretende describir literalmente la permanencia física del discípulo hasta la parusía, sino subrayar la soberanía absoluta de Jesús sobre el destino de cada uno. El uso del condicional («si quiero») refuerza que no corresponde al discípulo evaluar o comparar vocaciones, sino acoger la propia llamada. El imperativo final, «Tú, sígueme»<sup>3</sup>, retoma el lenguaje vocacional del inicio del evangelio y reafirma que el seguimiento auténtico implica una relación personal con Cristo, libre de rivalidades o comparaciones. Así, el texto enseña que la fidelidad se vive en la escucha obediente de la palabra de Jesús y en la aceptación del camino singular que Él traza para cada discípulo.

### **El retorno a lo esencial: el «audaz abandono»**

Lo que hace incomparable a Pedro y doctora a Teresita no es la ausencia de caídas, sino la forma de retornar. Notemos solo un detalle: el llanto y la mirada tras la negación («Pedro lloró amargamente»). Teresita dice que el pajarillo, tras sus travesuras, «en vez de ir a esconderse... se vuelve hacia su amado Sol» y expone sus alas mojadas a los rayos bienhechores. La confianza sobre el arrepentimiento amargo; en efecto, el pajarillo no quiere «morirse de arrepentimiento», sino que usa su miseria para «atraer con mayor plenitud el amor de Aquel que no vino a buscar a los justos sino a los pecadores». Al final de todo nos queda una pregunta: en el encuentro en el lago, Jesús no le reprocha a Pedro sus «bagatelas» de las que habla Teresita, sino que le pregunta tres veces: «¿Me amas?» (Jn 21,15-17). Este es el retorno a lo esencial, el amor que se confiesa desde la fragilidad, el amor por el Señor que se vuelve a poner en pie sin importar que tenga que volver a empezar: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero» (Jn 21, 17.)

---

<sup>3</sup> En Schnackenburg, Brown, Ratzinger y Léon-Dufour aparece un consenso exegético fundamental, según el cual el imperativo «sígueme» no es una exhortación genérica, sino una llamada personal, dirigida a un discípulo concreto en una situación concreta. En Jn 21,22, esta llamada se produce después de la rehabilitación de Pedro, lo que indica que el seguimiento no se funda en la perfección moral, sino en la gracia restauradora del Resucitado. El «¿qué te importa?» de Jesús subraya la singularidad del camino de cada discípulo y excluye toda comparación vocacional. Véase R. SCHNACKENBURG, *El evangelio según san Juan*, III, Herder, Barcelona 1980; R. BROWN, *El evangelio según Juan*, XIII-XXI, Ediciones Cristiandad, Madrid 2000<sup>2</sup>; J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, II, Planeta, México 2011; X. LÉON-DUFOUR, *Lectura del Evangelio de Juan*, IV, Sígueme, Salamanca 1989.

La parábola del pajarillo de santa Teresita refleja la esencia de su «caminito»: la aceptación gozosa de la propia fragilidad frente a la magnitud de Dios. Ella argumenta que la pequeñez no es un impedimento, sino un privilegio que permite una audacia amorosa imposible para las «almas grandes» o soberbias. El pajarito, a pesar de tener «ojos y corazón de águila» para mirar al Sol divino, reconoce su incapacidad de volar o incluso de mantenerse despierto cuando las nubes de la prueba ocultan la luz. El hecho de quedarse dormido simboliza las limitaciones humanas y la aridez espiritual; sin embargo, lo que define esta espiritualidad no es la perfección, sino la paz tras la caída. A diferencia de quien busca méritos propios, el pajarillo no se desconsuela ni se esconde por su debilidad o sus distracciones. Al despertar, retoma su «oficio de amor» con confianza y abandono<sup>4</sup>, sabiendo que el Sol sigue brillando tras las nubes. En última instancia, esta visión transforma la miseria personal en un reclamo para la misericordia divina, donde la debilidad se convierte en el espacio sagrado del encuentro con Jesús.

## Conclusión

Partamos de algo concreto: tanto santa Teresita como el apóstol Pedro nos invitana a vivir un «audaz abandono» frente al amor divino, reconociendo que nuestra fragilidad no es un obstáculo, sino el lugar de encuentro con Dios. Este camino, sin embargo, exige de nosotros en primer lugar, la aceptación de la propia pequeñez. Santa Teresita se define como un «débil pajarito» que, aunque posee las aspiraciones de un águila, reconoce que no tiene el poder de volar por sus propios medios. De igual manera, Pedro comienza su discipulado reconociendo su propia condición frente a la santidad de Jesús: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador». Ambos nos enseñan que el punto de partida hacia Dios no es la perfección, sino la humildad de reconocer nuestra limitación. En segundo lugar, la mirada fija en el «Sol del Amor». Teresita propone un «audaz abandono», manteniendo la mirada en el Sol divino incluso cuando las nubes de la prueba lo ocultan. Esta perseverancia se refleja en la trayectoria de Pedro, quien, a pesar de sus caídas, negaciones e imprecaciones, termina volviendo su mirada a Jesús para confesar: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo». En tercer lugar, la transformación de la miseria en confianza. Las «infidelidades» o distracciones —como el pajarillo que se entretiene con bagatelas o Pedro que niega a su Maestro— no deben conducir a la desesperación. Teresita nos enseña a no escondernos para llorar la miseria, sino a exponer las alas mojadas a los rayos del Sol para recuperar el vuelo. Pedro, tras llorar amargamente su debilidad, acepta la invitación final de Jesús: «Sígueme». Finalmente, la pobreza como camino de santidad. No se trata de ser «águilas» autosuficientes, sino de ser lo suficientemente pequeños para ser «presa» del Amor divino. La santidad, según estos testimonios, no consiste en no caer, sino en la capacidad de volver siempre a Aquel que no vino a buscar a los justos, sino a los pecadores.

La relación entre la fragilidad de Teresita y la pobreza de Pedro nos recuerda que nuestra debilidad no es un obstáculo para Dios, sino el escenario donde su amor actúa con mayor

---

<sup>4</sup> «Celina, estoy segura de que comprenderás todo lo que mi canto quisiera decirte. Claro, que haría falta una lengua distinta de la lengua de la tierra para expresar la belleza del abandono de un alma en las manos de Jesús; mi corazón no ha logrado más que balbucir apenas lo que siente...» (Cta. 161, 26 de abril de 1894, «A Celina»). Véase Ms A 83r; Cta. 142 (6 de julio de 1893) «A Celina»; Cta. 149 (20? de octubre de 1893) «A Celina»; Cta. 196 (13? de septiembre 1896) «A sor María del Sagrado Corazón».

plenitud. Para entenderlo mejor, podemos decir que la vida espiritual no es una escalera que subimos por nuestras propias fuerzas, sino un ascensor (como decía Teresita) o una red lanzada al mar (como en la vida de Pedro), en ambos casos, es la fuerza de Dios la que nos eleva o nos rescata, siempre que nosotros tengamos la humildad de dejarnos encontrar.

#### ANEXOS DE TEXTOS BASE

##### **Parábola del pajarillo (Ms B 4v–5v)**

¡Oh, Jesús, mi *primer* y *único* amigo, el UNICO a quien yo *amo*!, dime qué misterio es éste. ¿Por qué no reservas estas aspiraciones tan inmensas para las almas grandes, para las águilas que se ciernen en las alturas...? Yo me considero un débil pajarito cubierto únicamente por un ligero plumón. Yo no soy un águila, sólo tengo de águila los *ojos* y el *corazón*, pues, a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a mirar fijamente al Sol divino, al Sol del Amor, y mi corazón siente en sí todas las aspiraciones del águila... El pajarillo quisiera *volar* hacia ese Sol brillante que encandila sus ojos; quisiera imitar a sus hermanas las águilas, a las que ve elevarse hacia el foco divino de la Santísima Trinidad... Pero, ¡ay!, lo más que puede hacer es *alzar* sus *alitas*, ¡pero eso de volar no está en su *modesto* poder! ¿Qué será de él? ¿Morirá de pena al verse tan impotente...? No, no, el pajarillo ni siquiera se desconsolará. Con audaz abandono, quiere seguir con la mirada fija en su divino Sol. Nada podrá asustarlo, ni el viento ni la lluvia. Y si oscuras nubes llegaran a ocultarle el Astro del amor, el pajarito no cambiará de lugar: sabe que más allá de las nubes su Sol sigue brillando y que su resplandor no puede eclipsarse ni un instante.

Es cierto que, a veces, el corazón del pajarito se ve embestido por la tormenta, y no le parece que pueda existir otra cosa que las nubes que lo rodean. Esa es la hora de la *alegría perfecta* para ese *pobre* y débil *ser*. ¡Qué dicha para él *seguir* allí, a pesar de todo, mirando fijamente a la luz invisible que se oculta a su fe...! Jesús, hasta aquí puedo entender tu amor al pajarito, ya que éste no se aleja de ti... Pero yo sé, y tú también lo sabes, que muchas veces la imperfecta criaturita, aun siguiendo en su lugar (es decir, bajo los rayos del Sol), acaba distrayéndose un poco de su único quehacer: coge un granito acá y allá, corre tras un gusanito...; luego, encontrando un charquito de agua, *moja* en él sus plumas apenas formadas; ve una flor que le gusta, y su espíritu débil se entretiene con la flor... En una palabra, el pobre pajarito, al no poder cernerse como las águilas, se sigue entreteniendo con las bagatelas de la tierra. Sin embargo, después de todas sus travesuras, el pajarillo, en vez de ir a esconderse en un rincón para llorar su miseria y morir de arrepentimiento, se vuelve hacia su amado Sol, expone a sus rayos bienhechores sus alitas *mojadas*, gime como la golondrina; y, en su dulce canto, confía y cuenta detalladamente sus infidelidades, pensando, en su temerario abandono, adquirir así un mayor dominio, atraer con mayor plenitud el amor de Aquel que no vino a buscar a los justos sino a los pecadores... Y si el Astro adorado sigue sordo a los gorjeos lastimeros de su criaturita, si sigue *oculto*..., pues bien, entonces la criaturita seguirá allí *mojada*, aceptará estar aterida de frío, y seguirá alegrándose de ese sufrimiento que en realidad ha merecido...

¡Qué feliz, Jesús, es tu *pajarito* de ser *débil* y *pequeño*! Pues ¿qué sería de él si fuera grande...? Jamás tendría la audacia de comparecer en tu presencia, de *dormitar* delante de ti... Sí, ésta es también otra debilidad del pajarito cuando quiere mirar fijamente al Sol divino

y las nubes no le dejan ver ni un solo rayo: a pesar suyo, sus ojitos se cierran, su cabecita se esconde bajo el ala, y el pobrecito se duerme creyendo seguir mirando fijamente a su Astro querido. Pero al despertar, no se desconsuela, su corazoncito sigue en paz. Y vuelve a comenzar su oficio de *amo*. Invoca a los ángeles y a los santos, que se elevan como águilas hacia el Foco devorador, objeto de sus anhelos, y las águilas, compadeciéndose de su hermanito, le protegen y defienden y ponen en fuga a los buitres que quisieran devorarlo. El pajarito no teme a los buitres, imágenes de los demonios, pues no está destinado a ser su *presa*, sino la del *Águila* que él contempla en el centro del Sol del amor.

### **Textos del apóstol Pedro**

Lc 5,1-11

Estaba él a la orilla del lago Genesaret y la gente se agolpaba a su alrededor para oír la palabra de Dios, cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas y estaban lavando las redes. Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y, sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echen sus redes para pescar.» Simón le respondió: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, por tu palabra, echaré las redes.» Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse. Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían. Al verlo, Simón Pedro cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador.» Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado. Y lo mismo de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres.» Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron.

Mc 8,27-33

Salió Jesús con sus discípulos hacia los pueblos de Cesarea de Filipo, y por el camino hizo esta pregunta a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?» Ellos le dijeron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que uno de los profetas.» Y él les preguntaba: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?» Pedro le contesta: «Tú eres el Cristo.» Y les mandó enérgicamente que a nadie hablaran acerca de él. Y comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar a los tres días. Hablaba de esto abiertamente. Tomándole aparte, Pedro se puso a reprenderle. Pero él, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciéndole: «¡Quítate de mi vista, Satanás! porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres.

Mt 26,69-75

Pedro, entretanto, estaba sentado fuera en el patio; y una criada se acercó a él y le dijo: «También tú estabas con Jesús el Galileo.» Pero él lo negó delante de todos: «No sé qué dices.» Cuando salía al portal, le vio otra criada y dijo a los que estaban allí: «Éste estaba con

Jesús el Nazareno.» Y de nuevo lo negó con juramento: «¡Yo no conozco a ese hombre!» Poco después se acercaron los que estaban allí y dijeron a Pedro: «¡Ciertamente, tú también eres de ellos, pues además tu misma habla te descubre!» Entonces él se puso a echar imprecaciones y a jurar: «¡Yo no conozco a ese hombre!» Inmediatamente cantó un gallo. Y Pedro se acordó de aquello que le había dicho Jesús: «Antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces.» Y, saliendo fuera, lloró amargamente.

Jn 21, 15-23

Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Le dice Jesús: «Apacienta mis corderos.» Vuelve a decirle por segunda vez: «Simón de Juan, ¿me amas?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas.» Le dice por tercera vez: «Simón de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: «¿Me quieres?» y le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.» Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas. «En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras.» Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme.» Pedro se vuelve y ve, siguiéndoles detrás, al discípulo a quien Jesús amaba, que además durante la cena se había recostado en su pecho y le había dicho: «Señor, ¿quién es el que te va a entregar?» Viéndolo Pedro, dice a Jesús: «Señor, y éste, ¿qué?» Jesús le respondió: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú, sígueme.» Corrió, pues, entre los hermanos la voz de que este discípulo no moriría. Pero Jesús no había dicho a Pedro: «No morirá», sino: «Si quiero que se quede hasta que yo venga.»

FR. VÍCTOR MANUEL HENAO-LÓPEZ, OCD